

EL CATOLICO

PERIÓDICO BISEMANAL

Con aprobacion de la Autoridad eclesiástica

Precios de suscripcion	Imprenta y Administracion,	Observaciones
Menorca 0'50 Ptas al mes	Infanta, núm. 17.	Para los señores Suscritores se insertarán los anuncios gratis.
Península 3'00 » semestre		
Ultramar 8'00 » al año		

Seccion Religiosa

Domingo IV de Cuaresma, 20.—San Niceto, Obispo y Santa Eufemia, vg. y mr. Anima.

Lunes, 21.—San Benito, abad y fund.

Martes, 22.—San Ambrosio de Sena, Obispo, y San Emilio.

Miércoles, 23.—Stos. Saturnino y Victoriano, mres.

Cóрте de María

Dia 20 se hace la visita á Nuestra Señora de las Angustias en el Cármen.—Dia 21, á Nuestra Señora de la Providencia en San Francisco.—Dia 22, á Nuestra Señora de Gracia en su ermita titular.—Dia 23, á Nuestra Señora de las Amarguras en San Francisco.

Cultos

Parroquia de Santa Maria: Mañana, á las siete y media, solemne Misa de Comunión para todos los que han hecho los Ejercicios espirituales; á las diez, la mayor con sermón á cargo del Rdo. D. Francisco Cardona. Ldo. en sagrada Teología y Derecho canónico. Por la tarde, á las dos y media, Vísperas, á las cuatro, conclusion de los Santos Ejercicios con exposicion del Señor. Martes, al anochecer, Rosario y sermón á cargo del Rdo. D. Matias Nuza.

Parroquia de Nuestra Señora del Cármen: Mañana, á las diez, Misa mayor y sermón por el propio Rdo. señor Cura-Párroco; á las dos y media de la tarde, Vísperas, y á las cuatro, conclusion de los Santos Ejercicios con el Señor de manifiesto. Miércoles, al toque de oracion, **Via Crucis**, sermón por el propio Rdo. señor Cura-Párroco, y canto del Miserere.

Parroquia de San Francisco: Mañana, á las diez, Misa conventual, en cuyo Ofertorio predicará el propio Rdo. señor Cura-Ecónomo, por la tarde, Vísperas. Miércoles, al anochecer, **Via Crucis**.

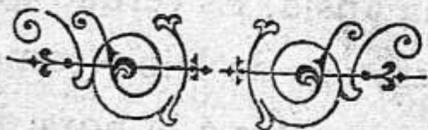
Iglesia de San José: Continúa el solemne Septenario, mañana, á las seis de la tarde, los demás dias al toque de oracion.

Santo Evangelio

DOMINGO IV DE CUARESMA

El de la presente Dominica está tomado del capítulo vi versículos 1.º al 15 segun S. Juan que dice así:

»Jesus pasó al otro lado del mar de Galilea, que es el lago de Tiberíades; y como le siguiere una gran muchedumbre de gentes, porque veian los milagros que hacia con los enfermos, subióse á un monte, y sentóse allí con sus discipulos. Acercábase ya la Pascua, que es la gran fiesta de los judíos. Habiendo pues Jesus levantado los ojos, y viendo venir hácia Sí un grandísimo gentío, dijo á Felipe: ¿Dónde compraremos panes para dar de comer á toda esta gente? Mas esto lo decia para probarle: pues bien sabia Él mismo lo que habia de hacer. Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos tome un bocado. Dícele uno de sus discipulos, Andrés hermano de Simon Pedro: aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces: mas ¿qué es esto para tanta gente? Pero Jesus dijo: Haced sentar á estas gentes. El sitio estaba cubierto de yerba. Sentáronse, pues, al pié de cinco mil hombres. Jesus entónces tomó los panes, y des-



pues de haber dado gracias á su *Eterno Padre*, repartiólos *por medio de sus discípulos* entre los que estaban sentados; y lo mismo hizo con los peces, dando á todos cuanto querían. Después que quedaron saciados, dijo á sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado para que no se pierdan. Hiciéronlo así y llenaron doce cestos de los pedazos que habían sobrado de los cinco panes de cebada, después que todos hubieron comido.

Visto el milagro que Jesús había hecho, decían aquellos hombres: Este sin duda es el *gran profeta* que ha de venir al mundo. Por lo cual, conociendo Jesús que habían de venir para llevarsele por fuerza, y levantarlo por rey, huyóse él solo otra vez al monte.

Reflexion

Altamente consolador es lo que Cristo hace con los que le siguen; infinitamente pródigo, tiene muy presente no sólo las necesidades de todos, sino que pasando más adelante, á todos socorre; teniendo especial cuidado, si así podemos expresarnos, en no dejar de su omnipotente mano á aquellos que muy particularmente le están consagrados; y esta solicitud que siempre brilla en nuestro adorable Redentor, resplandece con más vivos destellos en el presente Evangelio; el cual, al mismo tiempo que nos refiere la devoción de las turbas en seguir á Cristo, atraídas por los milagros que hacía sanando á los enfermos, y por el pasto de maravillosa doctrina que daba á sus almas, nos manifiesta el modo cómo Cristo las sustentó; el cual no pudiendo hacerlo con cinco panes y dos peces, y careciendo de dinero para comprar más, (tal era la pobreza de Cristo) empleó pa-

ra ello hasta un milagro. ¡Milagro que confunde los desvelos de todo aquel, que con pretexto de hacer para la vida, descuida completamente los negocios de su alma, perdida la cual no podrá salvarla ni con todas las riquezas del mundo!

Por poco que reflexionemos sobre esta maravilla de la Provisencia de Dios, no podemos ménos de confundirnos al considerar que hemos perdido el sosiego pensando en el día de mañana como si nuestro Padre celestial no supiera que estamos en el mundo; por lo que nos ha dicho: *Buscad primero el Reino de Dios todas las otras cosas se os darán por añadidura*; que es precisamente lo que hace con las turbas del Evangelio: ellas siguen á Cristo para oír su doctrina y admirar sus milagros, es decir, dejando todas las cosas buscan el reino de Dios; y Cristo, después de alimentar su alma con pasto celestial, provee á las necesidades de su cuerpo, no permitiendo que se vayan sin tomar el necesario alimento.

ALGUNOS REMEDIOS PARA QUE LOS SIERVOS DE DIOS NO TEMAN LA MUERTE

Aunque sea verdadero aquel dicho de los filósofos, que la muerte es la mas terrible cosa de cuantas hay en el mundo, no por eso se sigue que ha de ser siempre y de todos temida, antes decimos que es de personas animosas y esforzadas con la divina gracia, que tienen la conciencia limpia, no sólo no temer la muerte ni espantarse de ella mientras hay salud, pero aún desearla y pedirla con mucha ansia. Es verdad que algunos santos y siervos de Dios (como dice san Gregorio), venidos á la hora del espirar,

han temido la muerte. Y tambien es verdad que para personas desalmadas y que viven en pecados mortales olvidados de Dios y de su salvacion, es muy provechoso é importante este miedo que de la muerte se tiene, para hacerles deshacer la rueda y mirar por sus almas. Empero (como hemos dicho), el alma esforzada con la divina gracia y que hace cuanto puede por estar siempre bien aparejada y tener la conciencia muy limpia, no conviene ni es justo que ande amedrentada con el eco de la muerte, pues no serviria de más que de causar escrúpulos, desasosiegos y congojas sin provecho que impidiesen otros mayores bienes. Y así, para que el alma no ande asombrada, ni se espante, ni atemorice con acordarse de la muerte ó con alguna ocasion que de ella se ofrezca, me parece que podrian ayudar los remedios siguientes, presupuesto ya el cuidado que se tiene de andar de continuo muy aparejado para bien morir en cualquiera hora que la muerte le asaltase, porque á quien anda de esta manera, ninguna muerte le será improvisa ó subitánea:

Primeramente, la continua y frecuente memoria de la muerte es la que mucho ayuda para no temerla, porque la costumbre tiene tanta fuerza que amansa las cosas bravas y la mucha familiaridad con las bestias fieras hace que no se les tenga el miedo que al principio se les suele tener; y así, aunque la muerte sea cosa terrible, el acordarse de ella muchas veces y pensar á menudo en ella hará sin duda perderle el temor. Y si san Gregorio dijo que las saetas que vemos venir por el aire ménos daño nos hacen que las que de improviso sin ser vistas

nos hieren, por la misma razon tambien diremos que si á menudo viéremos con la memoria las saetas y guadaña de la muerte, mucho ménos la temeremos. Así como las mulas ó caballos espantados de una monada y aún de su misma sombra se espantan, tanto que vuelven atrás, pero desde que una y dos veces les hacen pasar adelante, pierden todo el miedo, así nuestro cuerpo es tan espantadizo, que de su misma sombra, que es la muerte, se atemoriza; pero si la hacemos pasar adelante con traerla á menudo en la memoria, vendremos á perderle todo el miedo y aún á reirnos de nosotros mismos, pues de una sombra nos espatábamos y se nos erizaban los cabellos. Y perdido una vez este miedo, toma el alma tanto esfuerzo que desea morir por Cristo. Porque san Cipriano dice así: *de buena voluntad empezamos á desear el martirio cuando aprendemos á no temer la muerte.* Y esta es la causa porque Cristo nuestro Señor tantas veces y tan á menudo en sus pláticas razonaba de su misma muerte y de la nuestra, lo cual hacia para que Él temiese ménos la suya y nosotros aprendiésemos á no temer las nuestras con acordarnos siempre de ella. Y para que en nuestras fiestas, pláticas, conversaciones, comidas y pasatiempos mezclásemos siempre la memoria de la muerte, como lo dice san Juan Crisóstomo, añadiendo que la plática y conversacion de risas, placeres y donaires no aprovecha para el alma, ántes la hace más floja y flaca; pero el hablar amenudo de cosas tristes, como es la muerte, quita al alma toda la flojedad y flaqueza y la hace muy fuerte y muy constante; así como los que quieren pasar de un salto un arroyo ó cueva

toman la corrida más atrás para saltar mejor, así para que hagamos mejor y más ligero el salto de esta vida (lo cual se hace con la muerte) es muy eficaz remedio el tomar la corrida, acordándonos á todas horas de la muerte ántes que venga, porque así se le pierde el miedo y se hace más fácil y lijera: porque así como la uña de la gran bestia sabemos que quita el desmayo del corazon, así tambien lo quita la memoria de la muerte, que es las bestia más fiera que á tantos espanta y traga. Y si con este provecho se juntan otros muchos que hace en nuestras almas el continuo acuerdo de la muerte, no hay duda sino que como anillo la traeríamos en el dedo para nunca olvidarnos de ella, y así tengo este remedio por muy eficaz é importante.

El segundo remedio, y muy bueno, es acordarse á menudo de la muerte de Cristo Nuestro Señor, porque, como dice san Agustin, por eso quiso su divina majestad sufrir tan terrible género de muerte, para que los suyos ninguna temiesen. Él comprendió en la suya todas las nuestras muertes, porque allí mirásemos todos, y en la muerte de Jesucristo hallase cada uno la suya enflaquecida. Pues (como canta la Iglesia en el Prefacio de la Resurreccion) Jesucristo con su muerte destruyó nuestra muerte y resucitando reparó nuestra vida, dejando tan debilitada la muerte, que muchos sin miedo ni empacho se le atreven. Y así dice tambien san Cipriano: *El que por nosotros una vez venció la muerte, siempre la vence en nosotros.* En el huerto de Getsemaní temió Cristo Nuestro Señor la muerte, para que nosotros no la temamos; con sus tentaciones ablandó las nuestras; con sus trabajos alivió los nues-

tros; con su miedo quitó el nuestro y con su muerte hizo que la nuestra nos pudiese ser muy dulce y deseable, porque así como subiendo en la cruz le quitó toda la infamia y deshonor que ántes solia tener, así muriendo quitó á la muerte todo el rigor, crueldad y espanto que solia tener; de manera que tambien este pensar á menudo en la hora de la muerte de Nuestro Redentor Jesucristo nos hará perder el miedo á la nuestra propia. Porque si leemos en los libros de los Macabeos, que llevando unos elefantes á la guerra les mostraban el zumo colorado de las moras, para que con aquel color de sangre cobrasen ánimo para acometer sin miedo, mucha más razon es que viendo nosotros con la memoria y acordándonos de la sangre que Jcsucristo derramó en su muerte cobremos esfuerzo y aliento para sin temor ni miedo acometer la muerte y aguardarla con mucha osadía, porque mucho ayuda ver al capitán denodado aguardar y acometer los enemigos, para que los soldados hagan otro tanto.—*De san Francisco de Borja.*

(*Se continuará.*)

UN ENCARGO

¿Quién va á Paris sin despedirse siquiera de las personas de su afecto? Aunque distraido y mundano, el jóven que así pensaba, era bastante bien educado para olvidar los deberes sociales, y hecho un paquete, emprendió su peregrinacion recorriendo las casas de todas sus relaciones. De éstas era la señora de B..., amiga de su familia y tan ilustre como piadosa.

—Vengo á ponerme á sus órdenes.

—Que lleve V. buen viaje.

—Muchas gracias. Y á preguntarle qué es lo que tiene que mandar para Paris...

—Nada... es decir... una niñería.

—Dicen que en las cosas menudas se conoce más el afecto.

—Si no ha de servirle de molestia...

—Y aunque me sirviera. Lo que nada cuesta, nada vale.

—Ea, es una impertinencia; no me atrevo...

—Señora, si duda V. de mi discrecion...

—No se trata de eso. Vamos, lo diré. Que rece V. por mí una *Ave Maria* á la Vírgen de las Victorias en su iglesia.

—¿Nada más que eso?

—Nada más.

—¿Y eso le daba á V. cortedad?

—¡Ya se ve! ¡Cómo V. vive ocupadísimo en cosas tan trascendentales!

El caballero, que estaba alejado de la Iglesia, prometió bajo palabra de honor. Fué á la gran ciudad y permaneció mucho tiempo sin hacer el encargo. Recordáballo, sin embargo, cada vez que escribía á su familia, avergonzándose de no poder emplear la consabida fórmula de «mis respetos á la señora de Tal y que ya tuve el gusto de cumplir su encargo.»

La víspera de volver á su provincia, sintióse incapaz, como buen caballero, de faltar á su honrada palabra y de mentir como un villano por una *Ave Maria*. Encaminóse, pues, denodadamente á la iglesia, no sin cierto fastidio y repugnancia.

Arrodillado en una silla, hallábase buscando en su memoria aquellas palabras que aún no habia dicho desde su infancia, cuando al pronunciarlas sintió en le corazon un movimiento tan hondo,

que las lágrimas acudieron á sus ojos.

El anciano cura de la iglesia que estaba acostumbrado á semejantes espectáculos, y que pasaba cabalmente junto á él, le dijo al oído estas palabras:

—Caballero, no resista V. á la voz de su Madre celestial y la otra madre se lo agradecerá.

—¿La conoce V. señor Cura?

—No, señor, pero la adivino.

El diálogo acabó en el confesonario, y aunque el jóven tenia dispuesto el viaje para aquella tarde, lo aplazó algunas horas para tener la dicha de comulgar en el altar de la Vírgen Santísima.

—¿Y mi encargo?—preguntó apénas llegó el jóven, la dama provinciana, en tono de amable reconvension.

—La Vírgen Santísima me ha dicho que una *Ave Maria* era demasiado poco, y me ha pedido que comulgara por usted, como lo hice ayer en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias.

—¡No cabe más amabilidad!

—Ni mejor fortuna para mí!

El hecho es histórico, tal como lo ha contado el Sr. Genettes, Cura de la iglesia en cuestion.

—
¡NADA!

Allá va una preciosísima recomendacion que encontramos en un precioso libro:

¿Estás en paz? *Ora*: la oracion te conservará.

¿Estás tentado? *Ora*: la oracion te sostendrá.

¿Estás caido? *Ora*: la oracion te levantará.

¿Estás desalentado? *Ora*: la oracion te tranquilizará.

¿Estás abandonado de todos? *Ora*: la

oracion atraerá á Jesus al lado de tí.

«¡Ah! ¡La oracion!—exclamaba el padre Ravignan. Necesitamos á veces abandonarnos á ella, y á ella agarrarnos como á un clavo ardiendo en nuestro naufragio, porque si no, somos anegados y devorados por la corriente...

»¿Estás perdido, atribulado, desesperado?... Arrójate á la oracion como un pobre animal se echa á nadar. No discutas, ni razones, ni pienses... ¡nada! es decir ¡ora!»

LA BULA

Eran marido y muger, bastante jóvenes todavía, aunque ya muy cargados de hijos, sumamente cristianos y muy unidos. Una casualidad hizo que yo me enterase de su felicidad.

Ibamos en el mismo vagon, y á uno de los viajeros le dió la gana de hablar de la bula. Aunque los esposos no tomaban parte en la conversacion, yo noté que cada vez que la palabra *Bula* sonaba, marido y mujer soltaban el trapo y se ahogaban de reir.

Más tarde nos quedamos solos, y el marido, que era de un carácter muy franco y agradable, contó la causa de aquella hilaridad en los siguientes términos:

—Cuando me casé con ésta era yo de la cáscara amarga. Ella en cambio era una mosquita muerta ¡(¡así me enganá!), que en diez meses de matrimonio no alzó la voz una sola vez. Pero un dia yo que estaba acostumbrado á mandar en jefe, me quedé estupefacto al ver á mi mujer hecha una... ¡perdona Luisa! ¡hecha una harpía!...

—Gracias, hijo,—dijo ella.

—No hay de que,—replicó él, siempre de buen humor. El motivo era justo, sin embargo, lo confieso. Me habia yo opuesto redondamente á que tomase la Bula para nosotros y las muchachas, dando un tremendo portazo al marcharme, como sanción de mi real voluntad, y ella no ménos rotundamente las habia tomado, desobedeciéndome por primera vez. Cuando yo, tronando como Júpiter Olimpo, rompí á echar observaciones é interjecciones, ella, que hasta entónces habia sido ministerial, hizo bravamente su primer discurso de oposicion, y poniéndose colorada, ronca y furiosa, exclamó con el tono de quien pide el divorcio:

—¡Pnes bonita soy yo para vivir sin Bula! ¡Antes que tal suceda me vuelvo á casa de mis padres!

En fin, lloró, suplicó, sonrió, me llamó *judío*, y yo, que por primera vez acababa de hacer traicion á mi papel de consecuente majadero, comprendí que estaba derrotado por la piedad y teson de mi mujer. Yo habia perdido la partida, y ella habia aprendido á resistir. Poco á poco ella fué ganando terreno, y yo haciendo, sin sentir, todo lo que ella queria, de manera que hoy no sólo no me da cuenta de las Bulas que toma, sino que me lleva á comulgar todos los primeros viernes en honor del Sagrado Corazon, y se le diera la gana, creo que tambien me meteria en el pilon del agua bendita.

(De *El Mensajero del Corazon de Jesus.*)



Seccion Local y de Noticias

En el «*Vigía Católico*» de Ciudadela, correspondiente al 16 de los corrientes, leemos con satisfaccion el suelto que sigue, y nos apresuramos á trasladarlo á nuestros lectores:

«A causa de un fuerte constipado se ha visto obligado á guardar cama por algunos dias nuestro. Excmo. Prelado, encontrándose al presente algo más aliviado, de lo cual nos alegramos muchísimo.»

El domingo 20 á las cuatro de la tarde terminarán los Ejercicios espirituales que se vienen celebrando en la parroquia de Santa Maria, del modo siguiente: expuesto el Santísimo Sacramento se cantará el Trisagio. Luego será el sermón, acabado éste y cantado el *Te Deum* se harán las visitas en procesion claustral, terminando con la bendicion del Santísimo y reserva. La comunión general será á las siete y media de la mañana de este dia.

Digna de loa, nos complacemos en reconocerlo, es la declaracion que en su número 4249 ha estampado *El Bien Público* de que no transcribió como instrumento de venganza contra *El Liberal* el suelto que el dia 12 de los corrientes dedicamos á este último periódico, sino porque la doctrina en él emitida le pareció buena y saludable y quiso que sus lectores la saboreasen.

Con haber hecho *El Bien Público* esta misma declaracion al transcribir nuestro suelto precipitado, ni una sola palabra hubiéramos tenido que objetar; án-

tes bien, de corazon hubieramos agradecido que, mediante la circundacion de que goza *El Bien Público* en esta isla, se hubiese hecho llegar á muchos rincones de ésta donde, *EL CATOLICO* no penetra, la refutacion del respeto pregonado por *El Liberal* hácia todo género de creencias religiosas y las pruebas de la falsedad de ese respeto.

A su propio mutismo puede, pues, *El Bien Público*, atribuir que tuvieramos que calificar su proceder de poco correcto y leal; apreciacion que no resulta del todo justa despues de la declaracion de *El Bien Público*, pero sí ántes de ella; pues no basta que para cohonestar el calificativo invoque hoy este periódico el exacto cumplimiento por su parte de la ley de propiedad literaria, en razon de que frecuentemente lo legal no es ni lo justo ni lo debido, porque el *derecho nuevo* se ha encargado de demostrar que la legalidad y la justicia, consideradas *in illo tempore* como hermanas gemelas, son hoy dia parientas lejanas, á lo más, que se miran de reajo, cuando no andan á la greña.

Damos, pues, las gracias á *El Bien Público* por la mayor publicidad que ha dado á nuestras ligeras observaciones contra el pernicioso y reprobado error de la libertad de conciencia, y á la par le felicitamos por la sana intencion con que declara haberlo verificado. Mas sinceramente deploramos que este periódico, al tiempo de presentar como aborrecible y execrable á los ojos de sus lectores error tan absurdo y pestilencial, haya propagado entre éstos, como cosa buena y lícita, otro error más absurdo aún, si cabe, é indudablemente de más grave trascendencia, conviene á saber: la

licitud del *liberalismo meramente político*, fundándola en la falsa opinion de que éste no ha sido condenado por la Iglesia.

Cierto que *El Bien Público* invoca en apoyo de su tesis la autoridad tan respetada por todo católico sincero, del egregio Padre Ramière de la Compañía de Jesus y de la *Civiltà Cattolica*, Revista fundada por Pio IX y puesta bajo su inmediata proteccion con el fin de defender la sana doctrina de la Iglesia contra los errores modernos. Pero, (siempre ese picaro *pero*) á *El Bien Público* se le ha olvidado lo mejor, es decir, transcribir las palabras textuales del P. Ramière y de la *Civiltà*, ó citar siquiera la obra y el cuaderno respectivos donde sus lectores puedan evacuar la cita y cerciorarse por sus propios ojos, en materia tan grave, de que tan esclarecido hijo de San Ignacio, y publicacion tan docta y ortodoxa, en la que colobra lo más granado de la sapientísima Compañía de Jesus, hayan realmente formulado, como afirma *El Bien Público*, la proposicion de que *no es pecado el liberalismo meramente político, por no hallarse incluido en las condenaciones pontificias.*

No dudamos de que *El Bien Público* se apresurará á subsanar la omision padecida, y que no serán parte á amenguar la amplitud en la exposicion de los razonamientos con que autoridades de tanto peso deben de robustecer su opinion sobre materia tan importante, ni la premura del tiempo ni la angustia del espacio con que tienen que luchar los periódicos que, como *El Bien Público*, se consagran á tratar á diario toda clase de cuestiones, desde las más especulativas y abstractas hasta las más triviales y caseras.

Quedamos, pues, aguardando la cita concreta y detallada, para en vista de ella, y quizá de ella partiendo, poder demostrar que la doctrina sentada por *El Bien Público* es del todo errónea, ó del todo *liberal*, que da lo mismo.

La «Semana Religiosa» de Dijon trae la descripcion de la ceremonia para la bendicion del acorazado español *Pelayo*.

Segun dicho periódico, á petición del representante español, ministro de Marina, el buque se ha colocado bajo el patronato de la Virgen María, recitándose las preces especiales y el himno *Ave Maris Stella*.

La fiesta de santo Tomás de Aquino se ha celebrado este año con solemnes funciones religiosas y veladas literarias en casi todos los seminarios y sociedades católicas, con entusiasmo y lucimiento siendo consoladora esta manifestacion unánime de adhesion á las doctrinas y enseñanzas del angel de las escuelas.

Suscripcion para subvenir á los gastos de construccion y dorado de un altar para San José en su iglesia titular de Mahon.

	Ptas. Cents.
Suma anterior	1353'91
Srito. D. F. S.	5'00
Un devoto de San José	1'00
Sr. D. A. Tutzó, en sufragio de su difunto Padre	2'50
Coros	6'50
Total	1368'91

(Continúa abierta la suscripcion.)

Fábregues y Orfila impresores, Infanta 17.